

tolerancia dogmática. Reconoce, con franqueza rara en un preceptista, que quizá su arte no incluye la verdad absoluta, y que no presume estrechar á sus leyes ó caminos á los que pretenden arribar á la cumbre del arte, ni poner tasa ó límite á los buenos ingenios, puesto que habrá por ventura *otros modos más fáciles y mejores*. Admira á Ribera, «cuyas figuras parecen vivas y todo lo demás pintado;» encuentra disculpas para el Greco; se gloria de tener en Velázquez *la corona de sus postreros años*; confiesa que la mayor parte de los pintores de su tiempo siguen lo contrario de lo que él y los italianos aprueban; pondera la *dulzura y asiento de colores* de los flamencos; se extasía con los *borrones* del Ticiano, que «mejor se dirían golpes dados en el lugar que conviene, con gran destreza.» En la crítica hay que tenerle por ecléctico, si bien en la teoría pone sobre todo arte humano «aquella hermosa manera ó modo de las buenas estatuas antiguas, particularmente de los escultores griegos, y de todas las excelentes pinturas de Rafael de Urbino, que en todas fué gracioso y lleno de gran decoro, y de Miguel Ángel, que en la grandeza y fuerza del desnudo tuvo gran superioridad.» «Así que, en el dibujo del desnudo, ciertamente yo seguiría á Micael Ángel, y en lo restante del historiado, gracia y composición de las figuras, bizarría de trajes, decoro y propiedad, á Rafael de Urbino.» El que después de estas palabras examine los cuadros de Pacheco, aun los mejores, verá qué distancia hay de los propósitos á la ejecución, y (lo

que es más extraño) qué antinomia tan palpable entre lo que se enseñaba en la academia y lo que se practicaba en el taller, para satisfacción de los frailes y de los devotos que encargaban cuadros.

Para ser la pintura perfecta y excelente, se requieren, según Pacheco, cuatro cosas: «buena invención, buen diseño, buen colorido y bella manera.» Sería conveniente que el artífice supiera, y no medianamente, letras humanas y divinas, como Durero y Leonardo, y León Alberti; pero ya que esto no sea posible, debe suplir la falta con el trato y comunicación de hombres sabios en todas facultades, y la noticia de los libros toscanos y de nuestra lengua. En la materia de lo que él llama *decoro*, ó sea la *conveniencia* artística, es tan observante Pacheco, que, á pesar de su idolatría por Miguel Ángel, tacha la reminiscencia gentilica de la barca de Carón en el Juicio final de la Sixtina, que para él era, como para Céspedes, «la primera y mayor obra que se ha hecho en el mundo, quitando á los venideros la esperanza de igualarla en artificio, profundidad y sabiduría.» En la cuestión del desnudo se ve en grave conflicto entre su honestidad y pudidundez, no ya de pintor cristiano, sino de cofrade ó *congregado*, y su admiración por el Buonarroti, y sale del paso proponiendo el extraño recurso de «sacar del natural rostros y manos de mujeres honestas (lo cual, á su entender, no tiene peligro), y valerse para lo demás de «valientes pinturas, papeles de estampa, y de nuevos modelos y estatuas antiguas y modernas y de los

excelentes perfiles de Alberto Durero.» Pintor perfecto será, según Pacheco, el que reuna al dibujo la *consideración y conveniencia*, la profundidad de pensamiento, el estudio de la anatomía, la propiedad en los músculos, la diferencia en los paños y sedas, el acabado de las partes, así en el dibujo como en el colorido, la belleza y variedad en los rostros, el artificio en los escorzos y perspectivas, el ingenio en las luces. No se contentará con *sacar* una cabeza del natural: el arte de los retratos, en el cual el mismo Pacheco se aventajaba tanto, y en el que su yerno vencía á todos los artistas del mundo, le parecerá un arte inferior ante aquella grandeza de Miguel Ángel, «que voló como ángel superior á las cosas más terribles de vencer.»

Si el libro de Pacheco fué el código de los pintores andaluces, y el de Carducho el de los pintores madrileños (unos y otros, á reserva de no cumplirle, venerándole, como hacían los dramáticos con las poéticas clásicas), los *Discursos practicables del nobilísimo Arte de la Pintura*¹, del zaragozano Jusepe Martínez, pintor del segundo D. Juan de Austria, pueden considerarse como el trasunto de las doctrinas reinantes en el

¹ *Discursos Practicables del nobilísimo arte de la Pintura, sus rudimentos, medios y fines que enseña la experiencia, con los ejemplares de obras insignes de artífices ilustres, por Jusepe Martínez, Pintor de S. M. D. Felipe IV, y del Sermo. Sr. D. Juan de Austria, á quien dedica esta obra. Publicala la Real Academia de San Fernando, con notas, la vida del autor y una reseña histórica de la Pintura en la Corona de Aragón, por su individuo*

grupo que nuestro arqueólogo artista Carderera, á pesar de su amor á todas las cosas de su tierra, negaba que pudiera apellidarse con razón histórica *escuela aragonesa*. Por supuesto que, estéticamente considerado, el libro de Jusepe Martínez no contiene ni más ni menos que lo que hemos visto en Carducho y en Pacheco, con la desventaja de estar peor escrito y ser más desordenado y confuso. Lo único que le avalora y realza son las peregrinas noticias que contiene de la pintura aragonesa, y aun de la pintura española en general, muchas de las cuales en vano se buscarían en otra parte. En riqueza histórica vence á todos nuestros libros de arte, y es el que más interesa á la curiosidad de un siglo de arqueólogos como el nuestro.

Martínez no es enemigo sistemático de la manera de sus contemporáneos, que él llama *deseñada y liberal*; pero, educado en Italia, en amigables relaciones con Guido y el Dominiquino, había llegado á formarse un gusto *teórico* tan puro y acrisolado, que asombra en escritor de fines del siglo xvii. Sus maestros italianos le habían enseñado que «ninguno imaginase exceder al gran Rafael en disposiciones y actitudes y mo-

de número, D. Valentín Carderera y Solano. Madrid, imprenta de Manuel Tello, 1866. 4.º xvi + 59 + 222 pp.

Va ilustrado con una introducción del Sr. Carderera, rica de recónditas noticias sobre el arte en la Corona de Aragón.

La primera ed. del manuscrito de Jusepe Martínez (aprovechado ya por Ceán Bermúdez) se hizo en el *Diario de Zaragoza* el año 1852.

vimientos ni en el don soberano de la expresión y de la gracia, porque no obró nada que no fuese la propia hermosura.» El mismo Ribera, con franqueza semejante á la del Diablo Predicador, le había confesado en Nápoles que las obras de la escuela romana «son tales, que quieren ser estudiadas y meditadas muchas veces; que aunque ahora se pinta por diferente rumbo y práctica, si no se funda en esta base de estudios (que son el norte de la perfección), parará en ruína fácilmente.» Aleccionado por tales y tan poco sospechosas admiraciones, llamaba Martínez «dichoso tiempo y dichosos discípulos,» á los de Miguel Ángel; dedicaba un capítulo entero á tratar de la filosofía natural y moral de la pintura; ponía en las nubes al *grande* Alberto Durero, á Lucas de Holanda, al *dulcísimo* Correggio, y sobre todos al *magno* Leonardo; sin perjuicio de decir del Ticiano y del *arrogante* Tintoretto que «pasmaron á la misma naturaleza.»

Pero su entusiasmo clásico, así como no le hacía tener en menos á los venecianos, tampoco le cerraba los ojos para sentir la belleza de otros modos y estilos de arte, y así le vemos ponderar el *extravagante modo y belleza* de algunas tablas y esculturas de la Edad-Media, «que aunque por manera seca y delgada, están hechas con tan grande devoción sus figuras, que en ellas se muestra un no sé qué de bondad... y no son dignos de menos estimación, por haber carecido de los ejemplares que hoy tenemos.» Y al mismo

tiempo que censura las prolijidades y menudencias y la *falta de grandeza y magnitud y liberalidad de contornos* de Juan de Juanes y otros imitadores de Rafael, no cierra la puerta á los arrosos del Caravaggio, y repite una y otra vez con alta elocuencia y espíritu de renovación estética: «El que desea saber y hacerse lugar, póngase con espíritu generoso en el estudio, que si bien hay mucho hecho, falta aún mucho por hacer, y dar materia nueva para ser el Altísimo alabado, que infunde en los mortales tanta ciencia. El campo de la sabiduría es inmenso, y así, nunca faltará lugar para mostrar cosas nuevas como lo han hecho todos los excelentes maestros. El que esté bien en los rudimentos y preceptos, podrá ser señor de toda manera.»

Aunque el libro de Jusepe Martínez es enteramente práctico, no reduce el arte á las *noticias* (historia), ni á las *prácticas* (técnica), sino que admite una estética general que llama *fundamento del arte y raíz cuadrada de la inteligencia*. En ninguno de nuestros escritores de artes plásticas encontramos una división tan completa y bien razonada. Para demostración de las altas miras del pintor aragonés y honra de su nombre, podrían recordarse todavía sus preceptos de «vestir las figuras conforme al tiempo,» en lo cual no admite más excepción que la de las pinturas religiosas (acerca de las cuales profesa la máxima purista de *atender más á la devoción y decoro que á lo imitado*), y su doctrina idealista de la *elección de los asuntos* «que es cierta idea que forma

el hombre, nacida de su *buen gusto* ¹, por la cual dispone su obra con tal gracia y artificio, que declara por ella una cosa nunca vista.»

Al lado de los compendios teóricos, y favorecida en cierta manera por ellos, comenzó á levantar la cabeza la crítica de las obras de arte en particular, el origen de la cual ponen los franceses en los *Salones* de Diderot, pero de la que pueden encontrarse, así en Italia como en España, tentativas y ensayos anteriores, suscritos algunos de ellos por nombres muy ilustres. Ya hemos visto apuntar este género de crítica en Céspedes, y si se reunieran los juicios de pintores y de cuadros esparcidos por la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, del P. Sigüenza, estilista incomparable, bajo cuya mano los secos anales de una Orden religiosa, enteramente española, y no de las más históricas, se convirtieron en tela de oro, digna de los Livios y Xenophontes, tendríamos un *Salón* no desapacible, que quizá convidaría á muchos profanos á la lectura completa de este grande y olvidado escritor, quizá el más perfecto de los prosistas españoles, después de Juan de Valdés y de Cervantes. No diré que las ideas del P. Sigüenza sobre el arte tengan el alcance ni la trascendencia de sus meditaciones sobre la teodicea ó sobre la filosofía de la historia, pero indican algo, todavía menos frecuente que las nociones estéticas, en los que no son artistas, es decir,

¹ Nótese esta expresión, que (como sabemos) se cree de origen español; pero que no aparece en escritos anteriores al siglo xvii.

la emoción personal y viva enfrente de las obras de arte, y la facilidad para expresarla. El P. Sigüenza era muy capaz de este entusiasmo, aunque á veces le malgasta en modelos tan dudosos como Jerónimo Bosco (en quien le deslumbró el espíritu satírico y alegórico, que casi nunca es pintoresco ¹); y propende siempre á aplicar criterios literarios á las artes plásticas. Pero las descripciones de algunos cuadros del Ticiano están hechas de mano maestra, como por quien sabía ver y era sensible á la magia del color: «El uno es otra oración del huerto, muy en lo oscuro de la noche, porque aunque era el lleno de la luna, no quiso aprovecharse de su luz, y así está cubierta de nubes: la del ángel que da en la figura de Cristo está muy lejos, aunque con ella se vee muy bien: los apóstoles dormidos apenas se divisan, y aun así muestran lo que son. Judas es la persona más cerca y la que más se vee por la luz de la linterna, que como adalid va delante, y reverbera en el arroyo de Cedrón la lumbre: valentísimo cuadro.» La prosa del P. Sigüenza parece como que adquiere el número poético, cuando trata de cuadros. No es menos linda esta descripción del de la visita de los Reyes: «En el colateral del Evangelio está la adoración de los Reyes,

¹ Dice de Jerónimo Bosco el P. Sigüenza (libro iv): «Comúnmente los llaman los disparates.... gente que repara poco en lo que mira.... Sus pinturas no son disparates, sino unos libros de gran prudencia y artificio; y si disparates son, son los nuestros, no los suyos.... es una sátira pintada de los pecados y desvarios de los hombres.»